

PERU CÁMARA

GALERNA



Duomo ediciones

Barcelona, 2022

Para Oinatz

Galerna

Del francés *galerie*

f. Temporal súbito y violento con fuertes ráfagas de viento, lluvias torrenciales y aparato eléctrico, que suele azotar algunas zonas del mar Cantábrico y el golfo de Vizcaya.

CAPÍTULO I

Viernes, 23 de agosto de 2019
Paseo de Miraconcha, San Sebastián
21:03

Había pagado doscientos euros por sus deportivas. Amortiguarían los impactos, le dijeron. Toda su equipación era de marca y estaba diseñada para correr: el *smartwatch* —con pulsómetro, ordenador de a bordo, GPS y no recordaba cuántas cosas más—, la ropa interior, las mallas y la camiseta transpirable. ¿O era antitranspirable? Siempre confundía los conceptos. Era la segunda ocasión en la que salía a correr aquel día y, pese a ser consciente de que esa frecuencia aumentaba el riesgo de lesión, no era capaz de encontrar otro remedio que frenara la ansiedad. Ya no. Cuando corría se cansaba y, cuando se cansaba,

se calmaba. Era por las endorfinas que producía. Lo había leído en un blog.

Esa tarde, al pensar en él, la angustia reapareció empujándola a huir. La amenaza en forma de mensaje en su móvil había despertado a la bestia que habitaba en su interior. Colgaría sus fotos desnuda por toda la ciudad, decía el amenazante texto. Lo maldijo y se maldijo a sí misma. Aquella noche, hacía poco más de un año, podía haber sido una de esas que se guardan para el recuerdo: el puerto, las fiestas del Carmen, la música retumbando horriblemente en la Ikastola Orixe y el ambiente cargado de olor a sardina a la parrilla. Él hablaba entusiasmado sobre fondos de inversión y productos financieros. Pronto lo ascenderían a banca personal, le dijo, asesorando a clientes con un patrimonio de más de medio millón de euros. Su cuerpo moldeado en el gimnasio, su ropa de marca y su piel perfectamente bronceada ayudaron. Y la cara de niño travieso repleto de confianza, también. Era bajito, pero mono. Era un imbécil, pero ella no supo verlo. Trató de recapitular y entender cómo se fue todo al garete en tan poco tiempo.

La parte trasera del muslo derecho comenzó a palparle con pinchazos intermitentes. Según los gurús de internet, el principio de descanso activo consistía en que, para que el cuerpo se recuperara del esfuerzo de la actividad deportiva, debía repetirse dicha tarea a baja intensidad. Se había engañado a sí misma con esa teoría, pero en cuanto comenzó a trotar, supo que no iba a poder hacerlo despacio. Después de meses entregada al deporte, sus piernas y su mente le suplicaban que apretase, que sufriese. Era lo malo y lo bueno de correr, que una «carrerita» no sabía a nada. Las piernas

se endurecían, la respiración se adaptaba y, al mínimo contacto con el asfalto, su cuerpo le decía que no se iba a conformar con trotar sin más. La corredora decidió que del dolor se ocuparían sus zapatillas nuevas. El objetivo era, saliendo de su casa en Riberas de Loyola, cruzar la bahía de La Concha, llegar hasta el Peine del Viento y volver al punto de partida en menos de cincuenta minutos, para lo cual iba a necesitar un ritmo más que asequible de cinco minutos por kilómetro. Acababa de dejar atrás la enorme noria que había sido instalada con motivo de la Semana Grande y que aún permanecía en el parque de Alderdi Eder. Se encontraba a la altura del Hotel Londres, lo que significaba que no estaba cumpliendo con el itinerario previsto. Llevaba quince minutos trotando y, si quería llegar hasta el Peine del Viento en menos de diez minutos, tenía que acelerar. Su reloj inteligente le comunicó que su ritmo cardíaco estaba por debajo del setenta por ciento mientras su camiseta se esforzaba en expulsar sudor. Con los problemas no podía hacer lo mismo.

Sentía cómo a su alrededor el día se iba apagando. El atardecer se resquebrajaba en azules; el azul turquesa del mar, el azul claro del día y el azul marino de la noche dividían abruptamente la atmósfera por capas. Sin embargo había otro azul más, uno inquietante. Era el que se filtraba a través del negro de las nubes que se acercaban hacia la ciudad como un alud. Se avecinaba tormenta. En la televisión habían dicho que la Agencia Meteorológica decretaba aviso naranja por vientos, precipitaciones y tormenta eléctrica, y las autoridades se habían apresurado a dar la alerta. La recomendación era clara: quedarse en casa. El hálito vaporoso que ascendía del asfalto atestiguaba el final de un día de bo-

chorno. Tanto la playa como el paseo, que habían estado repletos de bañistas y paseantes durante la jornada, se mostraban ahora casi desiertos. Sintió que iba a contracorriente y le gustó la sensación, hasta que se vio frenada por una repentina ráfaga de viento. Un grupo de turistas extranjeros exclamaron sorprendidos y apresuraron su paso. Se trataba de tres parejas de mediana edad y cuatro adolescentes que, dedujo, serían sus hijos. Todos eran altos y rubios, pero mientras los vástagos crecían hacia arriba, sus progenitores lo hacían a lo ancho, conformando una versión XXL de la siguiente generación. Le pareció ver que una de las mujeres sacaba de su bolso dos juegos de llaves. El alojamiento más cercano era el Hotel Londres, que acaba de dejar atrás, por lo que supuso que se hospedarían allí. Parecía que lo estaban pasando bien. Creyó escucharlos hablar en alemán a través de la música de sus auriculares, conectados a su reloj inteligente mediante *bluetooth*. Ed Sheeran le decía que era perfecta y que su amor duraría para siempre.

Los problemas le dieron caza y aceleraron su ritmo cardíaco. Así lo confirmó el pitido de su reloj. No había que ser muy inteligente para saber que estaba sufriendo. Le dieron ganas de tirarlo al mar. Iba a tener que hacer algo, pero ¿qué? Pese a que su primer instinto, casi un acto reflejo, era recurrir a su madre, lo descartó de un plumazo. Era una cuestión de orgullo. Sabía que lo primero que haría sería culparla a ella. Por elegir mal o por ser débil, o por ambas razones. El listón de la exigencia se mantenía alto en la familia, tanto que era inalcanzable. Bip-bip, ciento ochenta pulsaciones. Una chica rubia ataviada con un traje de neopreno y una tabla de surf que iba descalza la miró con desdén. De-

dujo que, como el mar se estaba revolviendo por momentos, se encaminaba a coger alguna ola en La Concha. Era joven y guapa y su rostro transmitía ilusión. Fabuló que había acabado el bachillerato y se encontraba disfrutando del verano previo a empezar la universidad. Ese verano libre de responsabilidades y con un futuro prometedor por delante. Aunque le pareciese que había pasado una vida entera, para ella tampoco fue hace tanto. Pensó en su amiga Nerea, en contarle que ese chico tan simpático que había conocido era un maltratador, pero descartó la idea de inmediato. Imaginó cómo iría el proceso y no le gustó. La podía ver hablando sin parar y no le apetecía escuchar una retahíla de consejos inútiles. Por no mencionar la vergüenza; sabía que hablaría de ella con el resto del mundo para ocultar así sus propios problemas, consolándose en la desgracia ajena. El viento la volvió a sacudir con otra ráfaga. Vio como un relámpago cortaba el horizonte más allá de la isla de Santa Clara. Apretó el paso y su muslo volvió a quejarse. Pese a que cada vez que salía a correr siempre había un momento en el que su mente le decía que parase, jamás lo había hecho. Nunca. Era su pequeño triunfo, de lo poco que la hacía sentirse bien consigo misma. Casi había llegado al túnel. Tenía siete minutos.

¿Y si acudía a la policía? Hoy en día la sociedad estaba más sensibilizada con estas cosas. Pero ¿acaso era eso lo que le estaba pasando realmente a ella? ¿La estaban maltratando? Bip-bip, bip-bip. Buscó argumentos para descartar el término. En realidad, nunca la había agredido físicamente. Pensó que todo el mundo discutía, que a veces se decían cosas desagradables. Era señal de confianza, se dijo, pero ni siquiera ella misma se lo creyó. El túnel, revestido

con relieves marinos sobre una superficie blanca reluciente, acrecentó la sensación de aislamiento. Una pareja se besaba apasionadamente al final de este. Al oírla se despegaron y se hicieron mucha gracia a sí mismos. Los odió con todas sus ganas mientras la canción contaba alegremente tras sus cascos como dos amantes se habían conocido en un bar, habían montado en un taxi y, tras pasar la noche juntos, las sábanas del dormitorio de él aún olían a ella. «Que te jodan, Ed Sheeran», pensó.

Al salir del túnel, el olor a salitre y la sensación de bochorno la envolvieron de nuevo en una fina sábana de sudor. Al fondo del paseo las olas comenzaron a embestir el espigón de Ondarreta. Dudó si llegaría antes de que empezara a llover. El Peine del Viento no sería el lugar más recomendable si la tormenta desembarcaba.

Recordó la primera vez que la insultó: fue a la salida del cine. Hablaron sobre la trama de la película y él le dijo que no había entendido nada. «Pareces imbécil», le dijo. Lo hizo con una sonrisa en la boca, como si le hubiese salido sin esfuerzo. Se recordó a sí misma también sonriendo, como si no lo hubiera oído, dejándolo correr. Era algo que hacía a menudo, aunque en otras situaciones. Si en el trabajo surgía un conflicto, cambiaba de tema y hacía como si nada. Si una de sus amigas tenía ganas de discutir, sonreía y se hacía la longuis. Genial, había heredado la amargura de su madre y la pusilanimidad de su padre. La rabia la embargó y le recorrió el esófago en forma de bilis. Tragó saliva, no le gustaba escupir.

Estaba llegando a las faldas del monte Igueldo, a la altura del club de tenis. Le quedaba un minuto. La espuma de una

ola se elevó por encima del muro y llegó casi hasta sus pies. De una zancada subió el escalón hasta la plataforma. Tocó y volvió, pensó. Lo iba a conseguir, claro que sí. Era su triunfo, la manera de seguir en pie, de decir «aquí estoy yo, no puedes conmigo». Centró su atención en el terreno adoquinado porque dificultaba la pisada. Estuvo a punto de chocar con una sombra. Dio un respingo y se echó a un lado. Era un hombre sustancialmente más alto que ella. Había salido de la nada. No le vio el rostro, ya que llevaba un chubasquero verde cerrado hasta la nariz. Ni la miró mientras seguía su camino. Maleducado... Había conseguido llegar al Peine, pero la angustia continuaba ahí, latente. Era una especie de desasosiego, un miedo constante a no sabía qué. Odiaba ese presentimiento de que algo malo se cernía sobre ella; le provocaba un detestable temblor en las piernas. Flojeó por un instante, por lo que se obligó a tensar los cuádriceps. Al final del espigón, a izquierda y derecha, asomaban dos de las esculturas de hierro creadas por Chillida, mientras la tercera emergía más allá, casi en el mar, incrustada en vertical sobre las rocas. Parecía que estaba rodeada de manos retorcidas cerrándose como si quisiesen atrapar el viento. Quería irse a casa y estar con su madre, le daba igual que le echase la bronca, o lo que fuera, con tal de que después le pusiese la mano en la frente y la consolase. Tocó el murete y emprendió el camino de vuelta. Le habían sobrado diez segundos. Respiró hondo y...

En ese momento un chorro compuesto de aire, espuma y agua del mar la asaltó calándola de arriba abajo. La corredora frenó en seco, tosiendo. ¿Qué había pasado? ¿Una ola? No, no, el agua había venido desde abajo. Entonces miró a sus

pies y lo comprendió todo. El Peine del Viento no se componía únicamente de las tres esculturas ferrosas, sino que también disponía de unos pasadizos bajo el espigón por donde el mar entraba y, en los instantes en los que cogía mayor impulso, era expulsado a chorro por un conjunto de orificios perforados en el suelo. Este fenómeno hacía las delicias de los transeúntes, especialmente de los niños. A ella no le resultó delicioso en absoluto. Estaba empapada. Mientras se sacudía las manos, observó su ropa. Algo no iba bien. La luz diurna desaparecía por momentos, pero en sus manos y en sus ropas había una sustancia de un color extraño. Entonces asimiló lo sucedido y el pánico la invadió. No era ansiedad ni sensación de agobio: era pavor, una sensación de peligro real y asfixiante.

Estaba bañada en sangre.

CAPÍTULO II

Viernes, 23 de agosto de 2019

Plaza Bilbao, San Sebastián

22:20

Aitor Intxaurreaga, forense en prácticas con apenas seis meses de residencia, entró en el apartamento sin encender la luz. Solo necesitó dar un paso para dejar caer su metro ochenta y cinco y setenta y cinco kilos de peso sobre el sofá. En ese breve intervalo le dio tiempo a desprenderse de su mochila, quitarse las deportivas con el pie contrario y arrojar las llaves al cuenco de la balda de la entrada sin acertar. Allí, boca abajo y aspirando la cantidad justa de oxígeno contra el asiento, se sintió como un piloto de Fórmula 1 cuyo coche, en llamas y envuelto en humo, iba cayéndose a pedazos, ignorando si cogía las curvas o las tra-

zaba rectas. Tan solo recordar que era viernes por la noche le levantaba el ánimo. Sus tripas rugieron y decidió incorporarse antes de quedarse dormido. Olía a sudor. Necesitaba una ducha, un bocadillo y una cerveza. Un donostiarra, con bonito, guindillas y anchoas. Asumió con resignación que la conversación con el camarero del bar de abajo sería toda su actividad social del día. A la mañana siguiente debía volver al Instituto Anatómico Forense a seguir clasificando material y continuar con el papeleo.

El Instituto de Medicina Legal de San Sebastián era un lugar totalmente jerarquizado. Los mejores casos, aquellos que eran susceptibles de: a) aportar algún avance en el campo de la medicina forense; b) ocupar un artículo en una revista especializada o c) otorgar cierto prestigio, eran acaparados por los médicos veteranos. Aquel orden de las cosas significaba que Aitor, en calidad de recién llegado, se ocupaba del trabajo de intendencia: rellenar informes y realizar autopsias a personas que, casi con total seguridad, habían fallecido de muerte natural. Muchos, la mayoría, eran personas de avanzada edad. Antes se decía que la gente moría de vieja, ahora se le ponía nombre técnico al asunto: cardiopatías, accidentes cerebrovasculares, enfermedades pulmonares obstructivas... Pero la verdad era que, a partir de cierta edad, el equipo dejaba de funcionar y el corazón dejaba de hacer pum-pum, pum-pum. Obsolescencia programada aplicada al ser humano. En los últimos seis meses había hecho setenta y seis autopsias de esa índole. Era frustrante saber que, por muy bien que hiciese su trabajo, por mucho que él creyese que podía aportar, le quedaban todavía diez años de espera para poder hacer algo relevante. Apartó esos pen-

samientos de su mente. Maldita sea, él no era así. ¿Desde cuándo le importaba escribir artículos en revistas o conceptos como el prestigio? Sabía la respuesta: desde que se lo habían vetado. Y más si era a causa de estructuras de poder arcaicas y cadenas de mando absurdas. Había una cosa más de la que los veteranos se beneficiaban: la elección de los días de vacaciones. A esas alturas de agosto, Aitor se había quedado prácticamente solo en el Instituto. Quedaban él y un par de ayudantes para cubrir los servicios mínimos. «Estas semanas suelen ser de poco ajetreo, así que dedícate a las tareas que el departamento tenga atrasadas y disfruta de la tranquilidad». «Disfruta», le dijeron.

Se repantigó en el sofá y, sumido en la penumbra, observó las fotografías de la estantería. Entornó los ojos para verlas mejor. Eran pocas pero estaban elegidas con precisión. Como todo lo que hacía su tía María Jesús. En la más cercana a la televisión, colocada a la altura de los ojos de quien estuviera sentado, sus padres y él con diez años sonreían a la cámara; en otra, situada sobre la pantalla en una posición más elevada, su tía y él en su época universitaria posaban con solemnidad el día de su graduación; y en la última, escondida en la balda superior del armario, su tía y «la-amiga-Begoña» saludaban frente a un templo hindú. La-amiga-Begoña, rio Aitor al pensarlo. Temió haber sido la última persona en enterarse de que la-amiga-Begoña había sido la pareja de su tía a lo largo de los últimos quince años y que prácticamente lo habían criado entre las dos. Ahora ellas vivían juntas y él pagaba un alquiler simbólico por el apartamento. Se levantó y miró por la ventana. Desde su piso, situado en la última planta, vio como, más allá de la plaza,

sobre el puente de María Cristina, una bolsa de plástico volaba a toda velocidad. La galerna había llegado y la lluvia y el viento arreciaban. La plaza estaba desierta y la terraza del bar desmontada. Había llegado a casa justo a tiempo, con la mezcla de frío y calor en el ambiente, el asfalto «desprendiendo ozono» (así se refería su tía a ese aroma previo a la tormenta) y las primeras gotas gordas de lluvia avisando de lo que venía. Su apartamento tenía algo de oxímoron, pensó. Vivía en la plaza Bilbao sobre la librería Donosti. Un zumbido reclamó su atención. Provenía de su mochila. Cuando sacó su móvil del bolsillo exterior, la pantalla mostraba nueve dígitos desconocidos.

—¿Sí?

—¿Hablo con el doctor Aitor Intxaurreaga?

La voz aguda al otro lado del teléfono se entrecortaba por el silbido del viento. Hablaba rápido y con seguridad.

—Sí, soy yo —dudó al verse interpelado con el título de doctor.

—Soy el inspector de la *Ertzaintza* Xabier Etxeberria. ¿Es un mal momento?

—Bueno, acabo de llegar a casa y estaba a punto de...

—Necesito que venga aquí, al Peine del Viento.

—¿Cómo?

—Verá, ¿puedo tutearle?

—Sí, claro.

—Aitor, tenemos un cadáver y necesitamos un forense.

—Pero yo... aún no soy forense. Del todo.

—Sé que estás en fase de prácticas pero no nos supone ningún problema. Lo he consultado con tu jefa y eres tú quien está de guardia, por lo que, a efectos legales, nos vales.

—¿Ha hablado con la directora? Pero si está de vacaciones...

—Me he dado cuenta. La llamada no le ha hecho mucha gracia, pero me ha dado el OK a que vinieses. Si te soy sincero, creo que habría aceptado que viniese un mono con una pandereta con tal de que la dejase en paz. No te ofendas, no quiero decir que tú...

—No, no, si ya le he entendido.

¿Lo acababa de comparar con un mono?

—Mira, esto es muy fácil. Lo que pasa es que ha venido una jueza que también es nueva, se ha puesto nerviosa y, a fin de cubrirse las espaldas, ha pedido la presencia de un forense. Ya sabes, mujeres.

No, no sabía.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Pues esas cosas que hacéis vosotros: poner cara de concentración mientras miras un hematoma, recoges un pelo del suelo con unas pinzas, sacas unas fotos... Es muy fácil: vienes, certificas la muerte, dejamos contenta a la señora magistrada y te vas a casa a dormir. Mañana redactas un informe. Es para ir adelantando trabajo de cara al lunes. Tráete la cámara y sacas unas fotos.

Aitor permaneció en silencio unos instantes, pensando. Llevaba seis meses deseando aquello con todo su ser y, en ese momento, de pie frente a la ventana de su apartamento, se dio cuenta de que la posibilidad de no estar a la altura le hacía preferir una patada en las pelotas a salir de casa con aquella tormenta.

—Creo que lo mejor es que llame al doctor Álvarez a ver si puede ir él —dijo al fin.

—Ya lo he intentado y me ha dicho que, si no es estrictamente necesario, no piensa hacer un viaje de seis horas en coche por un ahogamiento. Escúchame, Aitor, estamos, literal y figuradamente, con el agua al cuello. La tormenta viene fuerte de cojones y las olas se nos van a comer. No tenemos tiempo. Haznos el favor, anda, no solo por mí, piensa en todos los compañeros que están bajo el aguacero.

Aitor valoró todas sus opciones y, para su desgracia, no había plural. Solo podía hacer una cosa. Era absurdo proyectar el marco perfecto, en las circunstancias idóneas, para su primera experiencia de campo. Sencillamente, no existía. Esa era la profesión que había elegido.

—De acuerdo, iré.

—Esa es la actitud. Venga, date prisa.

Se quedó en blanco tras colgar. El tedio y el cansancio dieron paso al nerviosismo. ¿Qué demonios se suponía que tenía que hacer? Dio dos vueltas sobre sí mismo buscando algo sin saber el qué. Trató de centrarse. Fue al dormitorio y se quitó la ropa. Se miró en el reflejo de la ventana. ¿Hasta dónde podían llegar a pronunciarse unas ojeras? Lo cierto era que las había incorporado a su rostro con denuedo. En cambio, la salpicadura de cicatrices iba prácticamente de serie, recorriendo la ceja izquierda y comiéndose el pelo hasta sobrepasar la sien por varios centímetros. Como siempre que estaba alterado, acarició las marcas, sintiendo el contraste entre la piel lisa y el pelo cortado con maquinilla. Gracias a su cara, podían contarse los pedazos en los que se fraccionaba la ventanilla trasera de un cuatro por cuatro de primera generación. Se puso de lado y vio como sus costillas se marcaban ondulantes en la piel. Con un relámpago

y una melodía tétrica podría convertirse en el protagonista de una película de terror. Sacudió los dedos de forma tentacular y sonrió malévolamente.

Tenía que prepararse. Necesitaba ropa cómoda y apta para la lluvia. Eligió una camiseta negra básica y sus pantalones vaqueros de corte carpintero. Sobre ellos se calzó unas Dr. Martens con la superficie agrietada. Aquellas botas habían sobrevivido al menos a dos intentos de ser arrojadas a la basura por parte de su tía. Fue al armario de la entrada, cogió el maletín y verificó que contuviera el material necesario para el trabajo de campo. Sacó la cámara de la funda y la encendió, comprobando el nivel de batería; tres cuartos, sería suficiente. La introdujo junto con el maletín en su mochila. Rebuscó en el armario hasta que dio con el chubasquero que su tía le había regalado por su cumpleaños. Era su prenda más preciada: una fina capa para la lluvia de color negro con una amplia capucha. Le faltaba una cosa. Abrió el cajón de la mesilla y sacó la navaja multiusos de su padre. Estaría genial poder llamarlo y contarle que se dirigía hacia su primer trabajo de campo. Él le preguntaría: «Hijo, ¿cómo se come un elefante?», a lo que Aitor respondería: «Pedazo a pedazo». Cerró el puño, sintiendo como las aristas de la navaja se le clavaban en la palma. «Tu *aita* era un manitas», le recordaba su tía María Jesús siempre que podía. Una virtud que él no había heredado; era de los que acababan frustrados hasta montando uno de esos malditos muebles de Ikea. Un poco de esa seguridad de su padre no le vendría mal, ya fuera transmitida genéticamente o a través de esas liturgias paternofiliales (que si la llave de tubo es esta, hijo; que si vamos a ver un partido

de fútbol, que si unas palmaditas en la espalda como buenos camaradas...) pero no, el expediente de su muerte dictaminó traumatismo craneoencefálico por presión. Muerte en el acto. Con eso no se podía discutir mucho. Aitor se sintió solo. Respiró hondo. Estaba listo. O no. Pero daba igual. Iba a hacerlo de todas formas. Cogió las llaves de casa y del coche y salió del apartamento.

Unos diez minutos después, el Golf negro estaba a punto de llegar al paseo de Miraconcha. Aitor observaba de reojo la ventanilla del copiloto, que tenía la manía de bajarse sin previo aviso en el momento menos oportuno. ¿Por qué no la había llevado a arreglar? Ah, sí. Porque le habían dicho que el coste sería mayor que el valor total del coche. Le preocupó la impresión que causaría llegando con esa tartana. No muy buena, seguro. Sacudió la cabeza. Aquello era ruido innecesario en su mente. Tenía que concentrarse. Puso la atención en la carretera, en lo real. Por lo poco que podía ver a través del frenesí de sus limpiaparabrisas, el paseo estaba desierto y la tormenta campaba a sus anchas. El mar parecía una masa hostil y ruidosa que amenazaba con comerse la playa. El móvil empezó a sonar por el manos libres.

—Aitor, soy Rosa. —La voz de la directora del Instituto Anatómico Forense sonaba lejana y con una música de fondo que parecía reguetón. El ruido de la lluvia sobre la carrocería le impedía reconocer la melodía con exactitud.

—Jefa, ¿eres tú? —Le costaba imaginarse a la directora en un chiringuito de playa con un collar de flores al cuello y un cóctel con sombrilla en la mano.